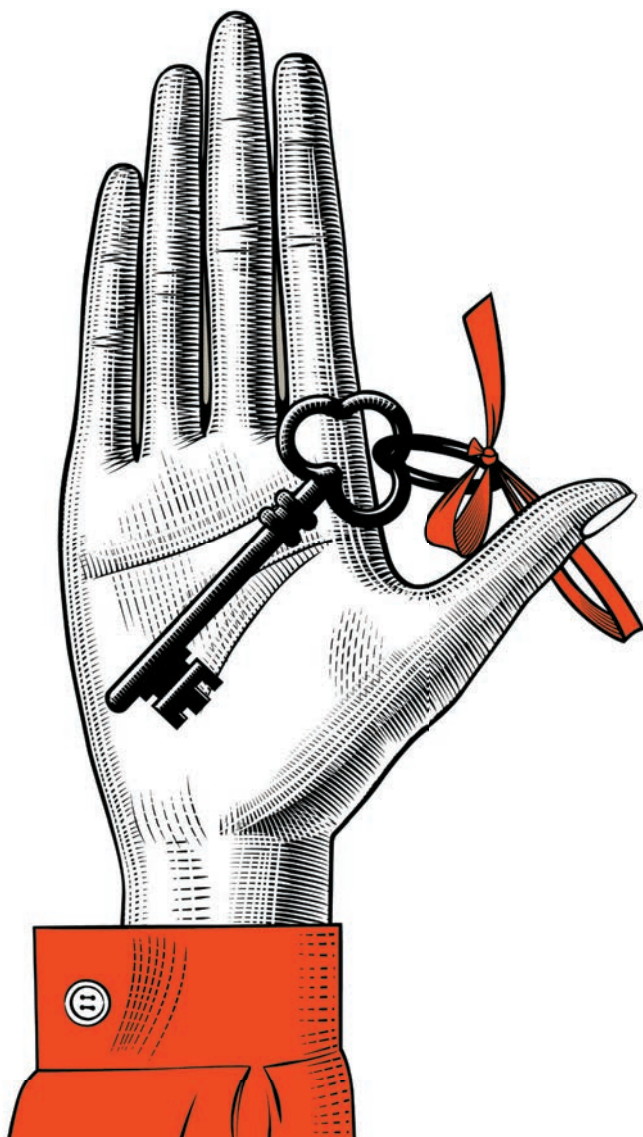


Verdugo del amor

Irvin D. Yalom

Historias de psicoterapia



DESTINO

Irvin D. Yalom

Verdugo del amor

Historias de psicoterapia

Traducción de Rolando Costa Picazo y Julio Sierra

Título original: *Love's Executioner*

© Irvin D. Yalom, 1989

Publicado mediante convenio con Basic Books, a division of Perseus Books, LLC.

© por la traducción del inglés, Rolando Costa Picazo, 1989

© por la traducción del inglés del posfacio, Julio Sierra, 2013

© Grupo Editorial Planeta S.A.I.C., 2011

Publicado bajo el sello Emecé

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-233-6722-1

Depósito legal: B. 2.151-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



EL VERDUGO DEL AMOR

No me gusta trabajar con pacientes que están enamorados. Quizá se deba a la envidia: yo también anhelo la fascinación. Quizá se deba a que el amor y la psicoterapia son incompatibles en lo fundamental. Un buen terapeuta lucha contra la oscuridad y busca la iluminación, mientras que el amor romántico se sustenta en el misterio y se desmorona en cuanto es inspeccionado. Odio ser el verdugo del amor.

Sin embargo, en los primeros minutos de nuestra primera entrevista Thelma me dijo que estaba trágica y perdidamente enamorada, y yo en ningún momento vacilé en aceptarla como paciente. Todo lo que vi de una primera mirada —su arrugado rostro de mujer de setenta años, con un senil temblor en la mandíbula, el mal cuidado pelo amarillo teñido que empezaba a ralear, las flacas manos de venas azuladas— me decía que debía estar equivocada, que no podía estar enamorada. ¿Cómo era posible que el amor escogiera devastar ese frágil cuerpo tambaleante o alojarse en ese informe chándal de poliéster?

Además, ¿dónde estaba el aura de arrobamiento amoroso? El sufrimiento de Thelma no me sorprendió, ya que el amor siempre está contaminado por el dolor, pero ese amor suyo estaba monstruosamente desequilibrado: no con-

tenía absolutamente ningún placer. Su vida era solo tormento.

De modo que acepté tratarla porque estaba seguro de que ella sufría no a causa del amor, sino de alguna extraña variante que ella confundía con amor. No solo creía yo que podría ayudar a Thelma, sino que estaba intrigado por la idea de que esa falsa emoción sería un faro capaz de iluminar en parte el profundo misterio del amor.

Thelma se mostró distante y tensa en nuestra primera entrevista. No devolvió mi sonrisa cuando la saludé en la sala de espera, y me siguió a unos pasos de distancia mientras la acompañaba por el pasillo. Una vez que entramos en mi consulta, no inspeccionó el entorno, sino que se sentó de inmediato. Luego, sin esperar a que yo hiciera algún comentario —y sin desabrocharse el pesado chaquetón que llevaba sobre su camiseta—, inspiró hondo y empezó a hablar:

—Hace ocho años tuve una relación con mi terapeuta. Desde entonces no me lo he podido quitar de la cabeza. Estuve a punto de suicidarme una vez, y creo que la próxima lo conseguiré. Usted es mi última esperanza.

Yo siempre presto mucha atención a las primeras palabras de mis pacientes. Con frecuencia son extraordinariamente reveladoras y predicen el tipo de relación que podré establecer con ellos. Las palabras permiten que uno cruce a la vida del otro, pero el tono de voz de Thelma no contenía ninguna invitación para que me aproximara. Ella prosiguió:

—En caso de que le cueste creerme, quizá esto le ayude.

Buscó en un gastado bolso con cordones y me entregó dos viejas fotografías. La primera era la de una joven y bella bailarina con un elegante traje de malla negro. Al ver la cara de la bailarina me sorprendí al encontrar la mirada penetrante de Thelma, que parecía buscar la mía a través de las décadas.

—Esa —me informó Thelma cuando vio que miraba la segunda foto, la de una imperturbable mujer de sesenta años, bien parecida— fue tomada hace unos ocho años. Como verá —se pasó los dedos por el despeinado pelo—, ya no cuido mi aspecto.

Aunque me costaba imaginar que esta gastada anciana pudiera haber tenido una relación con su terapeuta, no le dije que no la creía. De hecho, no dije nada en absoluto. Traté de mantener una completa objetividad, pero ella debió de notar cierta incredulidad por mi parte a través de algún pequeño indicio, quizá un casi imperceptible ensanchamiento de mis ojos. Opté por no rechazar la acusación de que no la creía. Este no era momento de galanterías, y había, sí, algo incongruente en la idea de que una descuidada mujer de setenta años pudiera estar loca de amor. Ella lo sabía, yo lo sabía y ella sabía también que yo lo sabía.

Pronto me enteré de que en los últimos veinte años había padecido una depresión crónica y que había estado bajo tratamiento psiquiátrico de manera casi continua. Había recibido gran parte de la terapia en la clínica de salud mental del condado, donde había sido atendida por una serie de profesionales en prácticas.

Unos once años antes había comenzado a tratarse con Matthew, un joven y apuesto residente de Psicología. Durante ocho meses tuvieron sesiones semanales en la clínica, y ella siguió viéndolo en su consulta particular durante otro año. Al año siguiente, cuando Matthew se incorporó a tiempo completo en un hospital público, se vio obligado a poner punto final a la terapia con todos sus pacientes privados.

Thelma se despidió de él con enorme tristeza. Era, de lejos, el mejor terapeuta que había tenido y le había cogido mucho mucho afecto. Durante esos veinte meses aguardaba con ansia cada sesión de terapia. Nunca antes había te-

nido una relación tan franca y abierta con nadie. Nunca antes había conocido a un terapeuta tan escrupulosamente honesto, directo y cortés.

Thelma cantó las loas de Matthew durante varios minutos.

—Era tan afectuoso, se preocupaba tanto... Tuve otros terapeutas que trataron de ser cálidos, de hacerme sentir cómoda, pero Matthew era diferente. Se interesaba de verdad, de verdad me aceptaba. No importaba lo que yo hiciera, las cosas horrendas que pensara, yo sabía que él lo aceptaba y, más aún..., ¿cómo se dice?, lo confirmaba. No, lo validaba. Me ayudaba, igual que todos los terapeutas, pero hacía mucho más que eso.

—¿Por ejemplo?

—Me introdujo a la dimensión espiritual, a la dimensión religiosa de la vida. Me enseñó a que me importaran todos los seres vivos. Me enseñó a pensar en las razones por las que yo estaba en la tierra. Pero él no tenía la cabeza en las nubes. Estaba siempre allí, junto a mí.

Thelma estaba muy animada. Hablaba con pasión y señalaba hacia abajo, a la tierra, y luego hacia arriba, a las nubes. Yo veía que le gustaba hablar de Matthew.

—Me encantaba la manera en que se relacionaba conmigo. Nunca dejó que me saliera con la mía. Siempre criticaba mis hábitos de mierda.

Esta última frase me llamó la atención: no coincidía con el lenguaje que había estado usando hasta entonces. Sin embargo, escogió los términos con tanto cuidado que supuse que la expresión era del propio Matthew. ¡Quizá ese era un ejemplo de su magnífica técnica! Mis sentimientos negativos hacia él iban rápidamente en aumento, pero no dije nada. Las palabras de Thelma indicaban que no vería bien ninguna crítica que le hiciera a Matthew.

Después de Matthew, Thelma inició terapia con otros

profesionales, pero ninguno pudo llegar a ella ni la ayudó a valorar la vida como él había hecho.

Imagínese, pues, lo contenta que se puso cuando, un año después de su última sesión, un sábado por la tarde se lo encontró en Union Square, en San Francisco. Charlaron y, para huir del torbellino de la gente que hacía compras, fueron a tomar un café en la cafetería del hotel St. Francis. Tenían tanto de qué conversar, y Matthew quería saber tantas cosas sobre el último año de Thelma, que el café se extendió hasta la hora de comer, así que decidieron ir al Scoma, en el muelle de los pescadores, a comer cangrejo *cioppino*.

Todo parecía muy natural, como si solieran comer juntos siempre. En realidad, hasta entonces la relación había sido estrictamente profesional y nunca se había transgredido el límite formal entre paciente y terapeuta. Se habían llegado a conocer en tramos semanales de exactamente cincuenta minutos: ni más, ni menos.

Sin embargo, esa noche, por razones que ni siquiera ahora Thelma llegaba a comprender, ella y Matthew traspasaron la frontera para internarse en la realidad cotidiana. Ninguno consultó la hora; en silencio, ambos se confabularon para fingir que no había nada extraño en que charlaran de cuestiones personales, compartieran un café o comieran juntos. A ella le parecía natural arreglarle a él el cuello arrugado de la camisa, quitarle la pelusa de la chaqueta, tomarlo del brazo al subir por la cuesta de Nob Hill. A Matthew le pareció natural describirle su nuevo «nidito» en el Haight, y, por lo tanto, no le pareció raro que Thelma dijera que se moría de ganas de verlo. Se rieron cuando Thelma dijo que su marido Harry estaba de viaje. Era miembro de la comisión asesora de la asociación de Boy Scouts y estaba de gira por el país dando charlas casi todas las noches. A Matthew le divirtió que casi nada hubiera cambiado; no había necesi-

dad de explicarle nada. Después de todo, él estaba por completo al tanto de su vida.

—No recuerdo mucho del resto de esa noche —prosiguió diciendo Thelma—, no sé cómo pasaron las cosas, quién fue el primero en tocar al otro ni cómo terminamos en la cama. No tomamos una decisión: todo pasó de una manera espontánea, nada forzada. Lo que sí recuerdo con gran claridad es que sentir los brazos de Matthew a mi alrededor fue arrobador. Uno de los mejores momentos de toda mi vida.

—Cuénteme qué pasó después.

—Los veintisiete días siguientes, del 19 de junio al 16 de julio, fueron mágicos. Hablábamos por teléfono varias veces al día y nos vimos catorce veces. Yo flotaba, me deslizaba en lugar de caminar, bailaba.

La voz de Thelma se había tornado cantarina, y movía la cabeza al ritmo de una melodía oída hacía ocho años. Tenía los ojos casi cerrados, lo que me impacientaba. No me gusta ser invisible.

—Esa fue la cumbre de mi vida. Nunca he sido tan feliz, ni antes ni después. Lo que sucedió desde entonces nunca podrá borrar lo que él me había dado.

—¿Qué sucedió desde entonces?

—La última vez que lo vi fue el 16 de julio, a las doce y treinta. Durante dos días no había podido comunicarme con él por teléfono, así que me presenté en su consulta sin anunciarme. Él se estaba comiendo un sándwich después de una sesión de terapia de grupo. Le pregunté por qué no me había devuelto las llamadas y solo me dijo que lo nuestro no estaba bien, y que ambos lo sabíamos.

Hizo una pausa. Estaba llorando en silencio.

Buen momento para decidir que no estaba bien, pensé.

—¿Puede seguir?

—Le pregunté: «¿Y si te llamo el año que viene o dentro

de cinco años? ¿Querías quedar conmigo? ¿Volveríamos a cruzar el puente Golden Gate? ¿Podría abrazarte?». Matthew respondió mis preguntas tomándome de la mano, sentándose sobre sus rodillas y estrechándose con fuerza durante varios minutos.

»Lo he llamado infinidad de veces desde entonces y le he dejado mensajes en el contestador. Al principio me devolvió algunas llamadas, pero luego dejé de saber de él. Me borró de su vida. Silencio absoluto.

Thelma se volvió y miró por la ventana. Su voz había perdido la alegría. Hablaba más pausadamente, con un tono amargo y distante, pero ya no había lágrimas. Me pareció que estaba más cerca de destruir o lastimar que de llorar.

—Nunca supe por qué... por qué terminó todo, así como así. En una de nuestras últimas conversaciones dijo que debíamos retomar nuestra verdadera vida, y luego añadió que estaba saliendo con otra persona.

Sospeché que esa nueva persona en la vida de Matthew era otro paciente.

Thelma no estaba segura de si se trataba de un hombre o una mujer. Sospechaba que Matthew era gay: vivía en uno de los enclaves gais de San Francisco, y era hermoso como pueden serlo los hombres gais, con su bigotito bien peinado, cara de querubín, un cuerpo como el de Mercurio. Esta posibilidad se le ocurrió un par de años después. Estaba haciendo una gira turística por los alrededores y entró con cierta cautela en un bar gay de la calle Castro. Casi se cayó de espaldas al ver a Matthew sentado frente a la barra, entre delgados jóvenes atractivos, con su impecable bigote.

Verse separada de Matthew de una manera tan brusca fue devastador para ella, y no saber por qué, insoportable. Thelma pensaba en él continuamente; no pasaba una hora

sin que tuviera una fantasía acerca de él. Llegó a obsesionarse con los motivos de la separación. ¿Por qué la había rechazado, apartándola de su vida? ¿Por qué entonces? ¿Por qué no quería verla, ni siquiera hablar con ella por teléfono?

Thelma se deprimió más y más después de que todas las tentativas de comunicarse con Matthew fracasaran. Se quedaba en su casa el día entero, mirando por la ventana; no podía dormir; su manera de hablar y sus movimientos se tornaron lentos; perdió todo entusiasmo. Dejó de comer, y pronto su depresión superó la ayuda que pudiera darle la psicoterapia o cualquier medicación antidepresiva. Al consultar a tres médicos distintos y obtener de cada uno de ellos una receta para el insomnio, pronto logró reunir una dosis letal. Exactamente seis meses después de su encuentro casual con Matthew en Union Square, escribió una nota de despedida para su marido. Harry estaba fuera de la ciudad esa semana. Thelma esperó su llamada de buenas noches desde la Costa Este, desenchufó el teléfono, se tomó todas las pastillas y se acostó.

Harry tampoco podía dormir esa noche, así que la llamó otra vez. Se alarmó al oír que el teléfono estaba constantemente ocupado. Llamó a los vecinos, que golpearon la puerta de la casa de Thelma en vano. Telefonaron entonces a la policía, que entró en la casa y la encontró al borde de la muerte.

Solo los heroicos esfuerzos de los médicos lograron salvarle la vida. La primera llamada que hizo al recobrar la lucidez fue a Matthew, al que dejó un mensaje en el contestador. Le aseguró que mantendría la relación con él en secreto, y le rogó que fuera a visitarla al hospital. Matthew la visitó, pero solo se quedó quince minutos, y su presencia, según Thelma, fue peor que su silencio: eludió toda alusión que hizo ella a los veintisiete días que pasaron jun-

tos y mantuvo en todo momento una actitud formal y profesional. Excepto en una ocasión. Cuando Thelma le preguntó cómo iba su relación con esa nueva persona en su vida, él le espetó: «¡No tienes por qué saberlo!».

—Y eso fue todo. —Thelma volvió su rostro hacia mí por primera vez—. No lo he vuelto a ver —agregó—. Llamo y le dejo mensajes en fechas importantes: su cumpleaños, el 19 de junio (nuestra primera cita), el 16 de julio (nuestra última cita), Navidad y Año Nuevo. Cada vez que cambio de terapeuta, lo llamo para comunicárselo. Él nunca me llama.

»Durante ocho años no he dejado de pensar en él. A las siete de la mañana me pregunto si estará despierto ya, y a las ocho lo veo desayunando cereales (le encanta la avena; creció en Nebraska, en una granja). Cada vez que camino por la calle lo busco con los ojos. A veces creo verlo, pero me equivoco: es un perfecto desconocido con quien lo confundo. Sueño con él. Revivo mentalmente cada uno de nuestros encuentros durante esos veintisiete días. De hecho, estas fantasías ocupan la mayor parte de mi vida; apenas me doy cuenta de lo que sucede. Mi vida es la que tuvo lugar hace ocho años.

Mi vida es la que tuvo lugar hace ocho años. Una frase impresionante. La archivé para usos futuros.

—Hábleme de la terapia que ha seguido estos últimos ocho años, desde su intento de suicidio.

—Durante todo ese tiempo jamás he vivido sin terapia. Me daban montones de antidepresivos, que no hacen mucho, pero que al menos me permiten dormir. La terapia tampoco ha ido mucho más allá. Hablar nunca me ha ayudado. Supongo que podría decirse que no le di muchas oportunidades a la terapia desde que tomé la decisión de proteger a Matthew y no hablar de él ni de la relación con ningún terapeuta.

—¿Me está diciendo que durante ocho años de terapia nunca ha hablado de Matthew?

¡Mala técnica! Un error de principiante, pero yo no podía reprimir mi asombro. Recordé una escena en la que no había pensado en décadas: yo era estudiante en una clase sobre entrevistas en la Facultad de Medicina. Un estudiante bienintencionado pero fanfarrón e insensible (que luego, por suerte, decidió convertirse en cirujano ortopédico) estaba conduciendo una entrevista delante de sus condiscípulos e intentaba usar la técnica rogeriana de inducir a un paciente a que hablara repitiendo sus últimas palabras. El paciente, que había estado enumerando hechos espantosos cometidos por su tiránico padre, dijo en un momento: «¡Y come hamburguesas crudas!». El estudiante que lo entrevistaba, y que hasta ese momento se había esforzado por mantenerse neutral y objetivo, no pudo contener más su indignación y bramó: «¿Hamburguesas crudas?». Durante el resto de ese año, si en medio de una clase alguien susurraba «¿Hamburguesas crudas?», todos estallábamos de risa.

Guardé para mí el recuerdo.

—Pero hoy ha tomado la decisión de venir a verme y ser sincera. Hábleme sobre esa decisión.

—Me he estado informando. Llamé a otros cinco terapeutas, les dije que había decidido darle una última oportunidad a la terapia y les pregunté a quién debería ver. Su nombre se repitió en cuatro ocasiones. Todos dijeron que usted era un buen terapeuta para casos de «última oportunidad». De modo que eso era algo a su favor. Pero luego descubrí que eran antiguos alumnos suyos, así que seguí investigando. Fui a la biblioteca y consulté uno de sus libros. Me impresionaron dos cosas: usted era claro (podía entender lo que decía) y estaba dispuesto a hablar con franqueza sobre la muerte. Y seré franca con usted: estoy segu-

ra de que tarde o temprano terminaré suicidándome. Estoy aquí para probar la terapia por última vez, para ver si descubro una manera de seguir viviendo con un ápice de felicidad. Si no, espero que usted me ayude a morir y me aconseje la forma de causar el menor dolor posible a mi familia.

Le dije a Thelma que yo creía que podríamos trabajar juntos, pero le sugerí que mantuviéramos otra hora de consulta para considerar la situación más a fondo y también para que ella pudiese valorar si quería trabajar conmigo. Yo iba a proseguir cuando Thelma miró su reloj.

—Veo que ya han pasado mis cincuenta minutos, y si he aprendido algo es a no prolongar mi tiempo de terapia.

Yo estaba meditando sobre este último comentario —no del todo sardónico, no del todo coqueto— cuando Thelma se puso de pie, diciéndome al salir que programaría la fecha de la próxima visita con mi secretaria.

Después de esta sesión yo tenía mucho que pensar. Primero, estaba Matthew. Me ponía furioso. Había visto demasiados pacientes lastimados por terapeutas que los utilizaban sexualmente. Eso siempre perjudica a un paciente.

Las excusas de los terapeutas son siempre las mismas, generalizaciones a modo de justificación; por ejemplo, que el terapeuta acepta y afirma la sexualidad del paciente. Si bien muchos pacientes pueden necesitar una afirmación de su sexualidad —los que carecen de atractivo, son extremadamente obesos o han sido desfigurados por la cirugía—, nunca he oído que un terapeuta afirme sexualmente a uno de *ellos*. De hecho, siempre es una mujer atractiva quien resulta elegida para dicha afirmación. Son los terapeutas que cometen este tipo de actos los que necesitan afirmarse sexualmente, ya que carecen de recursos o habilidades para obtener esta afirmación en su propia vida privada.

No obstante, Matthew constituía un enigma. Cuando

sedujo a Thelma (o se dejó seducir, lo mismo da) acababa de terminar su posgrado, de modo que tendría alrededor de treinta años. ¿Por qué, entonces? ¿Por qué un hombre joven y atractivo, presumiblemente con talento, eligió a una mujer de sesenta y dos años que desde hacía mucho se sentía deprimida y sin vida? Pensé acerca de la conjetura de Thelma de que él era gay. Quizá la hipótesis más razonable era que Matthew actuó para resolver alguna cuestión sexual personal, utilizando a su paciente para ello.

Precisamente por esta razón instamos a los practicantes a que reciban una terapia personal prolongada. Pero en la actualidad, con cursos breves de formación, menor supervisión, criterios menos exigentes durante el aprendizaje y requisitos para la práctica de la profesión también más laxos, con frecuencia los terapeutas se niegan a aceptarla, y, en consecuencia, muchos pacientes sufren por la falta de autoconocimiento del terapeuta. Yo no disculpo a los profesionales irresponsables y he tratado de convencer a muchos pacientes para que denuncien a los terapeutas que los han usado sexualmente ante las comisiones de ética profesional. Por un momento sopesé lo que yo podía hacer con Matthew, pero supuse que su infracción ya había prescrito. Aun así, quería que él se enterara del daño que había causado.

Volví la atención hacia Thelma y, por el momento, dejé de lado la cuestión de los motivos de Matthew. Pero tuve que enfrentarme a ella muchas veces antes de dar por concluida esta terapia y en ese momento no pude imaginar que, de todos los enigmas en el caso de Thelma, sería el de Matthew el que llegaría a resolver mejor.

Me sorprendía la tenacidad de la obsesión amorosa de Thelma, que la había poseído durante ocho años sin ningún tipo de refuerzo exterior. Esa obsesión colmaba todo el espacio de su vida. Ella estaba en lo cierto: vivía su vida

de hacía ocho años. La obsesión debía de sacar fuerzas del empobrecimiento del resto de su existencia. Yo dudaba de si sería posible separarla de su obsesión si no la ayudaba primero a enriquecer otros ámbitos de su vida.

Me pregunté cuánta intimidad habría en su vida diaria. Por lo que me había contado de su matrimonio, al parecer ella y su marido no mantenían una relación muy estrecha. Quizá la función de la obsesión era proporcionar intimidad: la vinculaba a otro, aunque no se tratara de una persona real, sino de una fantasía.

Mi mejor esperanza podría ser establecer una relación cercana y significativa entre nosotros dos y luego usar esa relación como disolvente para ir diluyendo su obsesión. Pero eso no sería fácil. Su relato de la terapia era escalofriante. Costaba imaginar que alguien pudiera hacer terapia durante ocho años sin hablar de su verdadero problema. Para eso se requiere un tipo especial de persona, alguien capaz de tolerar el engaño, capaz de abrazar la intimidad en la fantasía pero de evitarla en la vida real.

Thelma inició la siguiente sesión diciéndome que esa semana había sido espantosa. La terapia siempre constituía una paradoja para ella.

—Sé que necesito ver a alguien, que no me puedo arreglar sola. Y, sin embargo, cada vez que hablo de lo que me ha ocurrido paso una semana terrible. Las sesiones de terapia siempre agitan el avispero. Nunca resuelven nada; lo empeoran todo.

No me gustó cómo lo dijo. ¿Se trataba de un avance de futuras atracciones? ¿Me estaba explicando la razón por la cual en última instancia abandonaría la terapia?

—Esta semana no he hecho más que llorar. En ningún momento me he podido sacar a Matthew de la cabeza. No puedo hablar con Harry porque solo pienso en dos cosas: Matthew y el suicidio, y los dos son temas prohibidos.

»Nunca, nunca hablaré de Matthew con mi marido. Hace años le dije que lo encontré por casualidad y estuve con él un momento. Debo de haber hablado demasiado, porque después Harry me dijo que creía que de alguna manera Matthew era responsable de mi intento de suicidio. Si llegara a saber la verdad, realmente creo que mataría a Matthew. Harry está lleno de lemas de los *boy scouts* relacionados con el honor —no piensa más que en los *boy scouts*—, pero bajo la superficie es un hombre violento. Fue oficial de los comandos británicos durante la Segunda Guerra Mundial y se especializó en enseñar métodos para matar en combate cuerpo a cuerpo.

—Cuénteme más sobre Harry. —Me sorprendió la vehemencia en la voz de Thelma al decir que Harry mataría a Matthew de saber lo que había pasado.

—Conocí a Harry en la década de los treinta, cuando yo era bailarina profesional en Europa. Siempre he vivido solo para dos cosas: hacer el amor y bailar. No quise dejar de bailar para tener hijos, pero me vi forzada hace treinta y un años porque contraí la gota, que no es una buena enfermedad para una bailarina. En cuanto al amor, de joven tuve muchos muchos amantes. Ya vio usted esa foto mía. Sea sincero, dígame la verdad, ¿no era guapa? —Siguió hablando sin esperar respuesta—. Pero en cuanto me casé con Harry, se acabó el amor. Muy pocos hombres (aunque hubo algunos) fueron lo bastante valientes para amarme: todos le tenían mucho miedo a Harry. Y Harry puso fin al sexo hace veinte años, y es muy bueno para poner fin a las cosas. Ya casi no nos tocamos, algo de lo que quizá yo tenga tanta culpa como él.

Estaba a punto de preguntarle sobre qué quería decir con eso de que Harry era bueno para poner fin a las cosas, pero Thelma siguió hablando de prisa. Quería hablar, aunque como si no hablara conmigo. No mostraba ninguna

señal de esperar una respuesta de mi parte. Apartaba la mirada. Por lo general miraba hacia arriba, como ensimismada en los recuerdos.

—Lo otro en lo que pienso, y sobre lo que tampoco puedo hablar, es el suicidio. Tarde o temprano sé que me suicidaré: es la única salida. Pero nunca le digo ni una palabra de esto a Harry. Mi tentativa casi se lo lleva. Sufrió un pequeño ataque y envejeció diez años delante de mis ojos. Cuando, para mi sorpresa, me desperté viva en el hospital, pensé mucho en lo que le hice a mi familia. En ese mismo momento tomé varias resoluciones.

—¿Qué clase de resoluciones?

No había necesidad de esa pregunta, porque Thelma ya estaba a punto de explicar sus resoluciones, pero yo debía mantener una suerte de intercambio con ella. Estaba recibiendo mucha información, pero no establecíamos contacto. Bien podríamos haber estado en cuartos separados.

—Decidí que nunca diría o haría nada que pudiera causarle dolor a Harry. Decidí darle lo que quiere y ceder en todo. Quiere construir una nueva habitación para su equipo de gimnasia. Muy bien. Quiere ir a México de vacaciones. Muy bien. Quiere conocer gente en las reuniones sociales de la iglesia. Muy bien.

Notó mi intriga al mencionar las reuniones sociales de la iglesia, pues me dio una explicación.

—Durante los últimos tres años, desde que supe que tarde o temprano me suicidaría, no he querido conocer a nadie. Los nuevos amigos solo significan más despedidas y más personas a las que hacer daño.

He trabajado con muchos pacientes que verdaderamente han querido suicidarse, pero en cierta forma su experiencia es de alguna manera transformadora, y cuando maduran adquieren sabiduría. Por lo general, una confrontación real con la muerte hace que uno se cuestione

con seriedad los objetivos de la vida y la conducta que ha llevado hasta entonces. Lo mismo sucede con los que se enfrentan a una enfermedad grave: muchos se lamentan, por ejemplo, de haber esperado hasta tener cáncer para aprender a vivir. Sin embargo, Thelma era diferente. Nunca he conocido a nadie que hubiera estado tan cerca de la muerte y hubiera aprendido tan poco. Por ejemplo, esas resoluciones que tomó al recobrar el sentido después de su sobredosis: ¿creía de verdad que haría feliz a Harry accediendo a todos sus deseos y ocultando sus propios deseos y pensamientos? En realidad, ¿qué podía ser peor para Harry que ver llorar a su mujer y no compartir nada con ella? Esta era una mujer sumida en el autoengaño.

Su autoengaño era particularmente obvio cuando hablaba de Matthew.

—Tiene una dulzura tal que toca el corazón de todos los que entran en contacto con él. Todas sus secretarías lo amaban. A todas les decía algo afectuoso, sabía los nombres de sus hijos, les llevaba algún pastelito tres o cuatro veces por semana. Cada vez que salimos, durante esos veintisiete días, nunca dejó de hacer un comentario que hacía feliz al camarero o al empleado de la tienda. ¿Sabe usted algo de la práctica de meditación budista?

—Pues, sí, de hecho...

Pero Thelma no esperó a que terminara la frase.

—Entonces sabrá lo que es la meditación «amor y bondad». La practicaba dos veces por día, y me la enseñó a mí también. Precisamente por eso nunca, ni en un millón de años, pensé en que me trataría de esta manera. Su silencio me está matando.

»Algunas veces, cuando me pongo a pensar, siento que no puede ser posible que precisamente él, que me enseñó a tener una actitud franca y abierta, haya ideado un castigo peor que el silencio absoluto. Estos días pienso cada vez

más —Thelma bajó la voz a un susurro— que intencionalmente me está empujando al suicidio. ¿Le parece eso descabellado?

—No sé si es descabellado, pero sí que me parece una idea desesperada y terriblemente dolorosa.

—Está empujándome al suicidio. Así se librará de mí para siempre. ¡Esa es la única explicación posible!

—Sin embargo, aun así, usted lo ha protegido todos estos años. ¿Por qué?

—Porque, más que nada en el mundo, quiero que Matthew piense bien de mí. ¡No quiero hacer peligrar la única oportunidad que tengo de ser feliz!

—Pero, Thelma, han pasado ocho años. ¡No ha sabido nada de él en ocho años!

—Pero hay una posibilidad, aunque sea pequeña. Una posibilidad del dos por ciento, o incluso del uno por ciento, es mejor que nada. No espero que Matthew me vuelva a amar, solo quiero que le importe que vivo en este planeta. No es mucho pedir. Cuando paseamos por el parque Golden Gate, casi se torció un tobillo por tratar de esquivar un hormiguero. ¡Seguramente podría reservar para mí un poco de esa consideración!

Tanta inconsistencia, tanta ira, casi cómica, junto a tanta reverencia. Aunque yo iba entrando poco a poco en su mundo y me estaba acostumbrando a sus exageraciones con respecto a Matthew, el siguiente comentario me dejó sin habla.

—Si me llamara una vez por año y hablara conmigo aunque fuera cinco minutos, preguntara por mí, me demostrara su interés, entonces yo viviría feliz. ¿Es eso demasiado pedir?

Yo nunca había conocido a una persona que diera mayor poder a otra que Thelma: ¡asegurar que una llamada telefónica de cinco minutos al año la curaría! Me pregunté

si sería así. Recuerdo que pensé que, si todo lo demás fracasaba, no dudaría en recurrir a ese experimento. Reconocí que las posibilidades de éxito en la terapia no eran buenas: el autoengaño de Thelma, su falta de atención psicológica, su resistencia a la introspección, su tendencia al suicidio, todo me alertaba y me obligaba a tener cuidado.

A pesar de todo, su problema me fascinaba. Su obsesión amorosa —¿de qué otra forma llamarla?— era poderosa y tenaz, pues durante ocho años había dominado enteramente su vida. Y, sin embargo, las raíces de su obsesión parecían extraordinariamente frágiles. Un pequeño esfuerzo, un poco de ingenio bastarían para arrancar la maleza. ¿Y después? Debajo de la obsesión, ¿qué encontraría? ¿Descubriría, ocultos por el encantamiento, la realidad brutal de la experiencia humana? Entonces sí podría llegar a descubrir algo acerca del funcionamiento del amor. En los primeros días del siglo XIX, los investigadores médicos descubrieron que la mejor manera de entender el propósito de un órgano endocrino era extirparlo y observar luego el funcionamiento fisiológico del animal en el laboratorio. Aunque la inhumanidad de mi metáfora me dejó helado, se me ocurrió preguntarme: el mismo principio, ¿no sería aplicable en este caso? Hasta ese momento, me parecía obvio que el amor de Thelma por Matthew era, en realidad, otra cosa, quizá una vía de escape, un escudo contra el envejecimiento y la soledad. Había poco de Matthew en ello y poco de amor, en caso de que el amor sea una relación afectuosa, generosa, desprovista de necesidad.

Otros signos de pronóstico reclamaban mi atención, pero opté por ignorarlos. Por ejemplo, podría haber considerado con mayor detenimiento los veinte años de atención psicológica de Thelma. Cuando yo era estudiante en la Clínica Psiquiátrica Johns Hopkins, el personal consideraba muchos índices de cronicidad. Uno de los más irreve-

rentes era el volumen: cuanto más pesada la historia clínica del paciente, mayor el problema y peor el pronóstico. Thelma habría sido considerada una mujer de setenta años de peso pesado: nadie, absolutamente nadie, habría recomendado psicoterapia para ella.

Cuando rememoro mi estado de ánimo durante aquel periodo, me doy cuenta de que no hice más que racionalizar mis preocupaciones.

¿Veinte años de terapia? Los últimos ocho no contaban debido al silencio de Thelma con respecto a su verdadero problema. No hay terapia capaz de tener éxito si el paciente oculta la cuestión principal.

¿Los diez años de terapia antes de Matthew? Bien, ¡de eso hacía mucho! Además, la mayoría de los terapeutas eran jóvenes en prácticas. Seguramente yo podría brindarle más. Thelma y Harry, de recursos económicos limitados, nunca habían podido permitirse más que estudiantes de terapia. Pero en ese momento yo estaba financiado por un instituto de investigaciones para estudiar la psicoterapia en personas mayores y podía ver a Thelma por honorarios mínimos. Sin duda, esta era una oportunidad inusual para ella de contar con un clínico con experiencia.

Mis verdaderas razones para aceptar a Thelma se debían a algo más: yo me sentía fascinado al encontrar una obsesión amorosa tan arraigada y un estado tan vulnerable a la vez, y nada me apartaría de la posibilidad de investigarla. Por otra parte, yo padecía lo que ahora reconozco como *hubris*, la arrogancia de creer que podría ayudar a la paciente, que no había nadie a quien yo no pudiera ayudar. Los presocráticos definían la *hubris* como una «insubordinación a la ley divina». Yo me había insubordinado, sin duda, aunque no contra la ley divina, sino contra la ley natural, la que gobierna los hechos en mi campo profesional. Creo que en ese momento yo tenía la premonición de que, an-

tes de finalizar mi trabajo con Thelma, debería pagar por mi *hubris*.

Al final de nuestra segunda hora discutí con Thelma un contrato de tratamiento. Ella había aclarado que no se comprometería a un tratamiento a largo plazo; además, yo creía que en seis meses sabría si podría ayudarla. De modo que quedamos en vernos una vez por semana durante seis meses (con la posibilidad de una extensión de otros seis meses, si era necesario). Ella se comprometió a asistir con regularidad y a participar en un proyecto de investigación psicoterapéutica, lo que implicaba una entrevista y una serie de test psicológicos para medir resultados que debía realizarse dos veces, una al comienzo de la terapia y otra seis meses después de que finalizase.

Me esforcé por informarla de que la terapia, indudablemente, la trastornaría de algún modo, y logré obtener su promesa de que no la abandonaría.

—Thelma, este pensamiento continuo sobre Matthew, que para simplificar llamaremos «obsesión»...

—Esos veintisiete días fueron un gran regalo —dijo ella, fastidiada—. Esa es la razón por la que no he hablado de ellos con los otros terapeutas. No quiero que se los trate como una enfermedad.

—No, Thelma, no estoy hablando de hace ocho años. Estoy hablando de ahora y de cómo usted no puede vivir su vida porque no hace más que repetir una historia pasada. Pensé que había venido a verme porque quería dejar de atormentarse.

Suspiró, cerró los ojos y asintió. Me había hecho la advertencia que quería hacerme, y ahora se recostó en la silla.

—Lo que yo iba a decir es que esta obsesión... Busquemos otra palabra si *obsesión* la ofende...

—No, está bien. Ahora entiendo lo que me quiere decir.

—Bien, esta obsesión ha sido una parte central de sus

pensamientos durante ocho años. Es difícil desarraigarla. Tendré que cambiar algunas de sus creencias, y la terapia puede ser estresante. Necesito su compromiso de que me ayudará.

—Lo tiene. Cuando tomo una resolución nunca me echo atrás.

—Además, Thelma, yo no puedo trabajar con una amenaza de suicidio sobre mi cabeza. Necesito la promesa solemne de que en los próximos seis meses no hará nada físicamente autodestructivo. Si se encuentra al límite, llámeme. Telefonéeme en cualquier momento, y yo estaré allí para atenderla. Pero si hace cualquier tentativa, por pequeña que sea, entonces nuestro contrato quedará roto y yo no seguiré trabajando con usted. Con frecuencia escribo todo esto y hago que el paciente lo firme, pero respeto lo que usted me dice de que nunca se echa atrás cuando toma una resolución.

Para mi sorpresa, Thelma sacudió la cabeza.

—No hay forma de que pueda prometerle eso. Me siento muy mal cuando sé que no tengo elección. No puedo cerrar esta opción.

—Estoy hablando solo de los próximos seis meses. No le pido nada más allá, pero no comenzaré sin esto. ¿Quiere pensárselo un poco, Thelma, y nos vemos la semana que viene, cuando ya haya tomado una decisión?

De inmediato se tornó conciliadora. Creo que no esperaba que yo me pusiera tan firme. Aunque no lo mostró explícitamente, me pareció que se sentía aliviada.

—No puedo esperar una semana más. Quiero que tomemos la decisión ya y empecemos la terapia de inmediato. Me comprometo a hacer un esfuerzo.

«A hacer un esfuerzo.» Eso no era suficiente, pero vacilé antes de embarcarme tan pronto en una lucha por el control. Así que no dije nada; solo levanté las cejas.